



Al hacer el balance de este primer año de Carter se observa una curva descendente entre los propósitos ilusionados del candidato de la nueva moral y las realidades permanentes de la política USA.

EL AÑO DE CARTER

EDUARDO HARO TECLEN

El discurso del Presidente Carter al Congreso de los Estados Unidos —el "mensaje sobre el Estado de la Unión", que se dirige una vez al año a las dos Cámaras reunidas— es suavemente optimista, ligeramente admonitorio, como corresponde a esta clase de textos tradicionales. Se ha dicho que su tono es el de la "retórica de la satisfacción", o de la autosatisfacción. Acompañado por unas medidas concretas —un plan contra la inflación, una reducción de impuestos— viene a proclamar que la larga etapa de recesión está terminando en los Estados Unidos si se mantiene una prudencia en el consumo de energía —el país está consumiendo cada día, según este discurso, 120 millones de dólares en petróleo— y se limita la inflación. El dinero comienza a aumentar sus inversiones en la industria, la familia americana vive mejor y, en general, el estado de la Unión es saludable desde el punto de vista

económico, militar, político e ideológico, según las palabras iniciales del discurso. "Todo va por lo mejor, en el mejor de los mundos posibles", como decía el "Cándido" de Voltaire, a quien los jefes de Estado, especialmente los de Estados Unidos, deben siempre gran parte de su inspiración.

En el momento de pronunciar este discurso, Carter cumplía un año en la Casa Blanca. Se suele decir que el primer año de un Presidente de los Estados Unidos se dedica prácticamente a la inspección y examen de los problemas, a la selección del alto personal adecuado y a gobernar con mucha discreción para no entrar, todavía, en demasiadas contradicciones con sus promesas electorales; y que el cuarto año, es preparatorio para la reelección, un año de verdadera campaña electoral. Sólo los dos años centrales —el período en el que entra ahora el Presidente Carter— serían de gobernación

auténtica y clara. Es, naturalmente, una exageración, aunque corresponda a ciertas líneas reales. Por ejemplo, ha sido al terminar el primer año de cautela cuando Carter ha entrado ya en

la clara contradicción con su campaña respecto a la injerencia en los asuntos internos de otros Gobiernos de los países aliados. Lo cual no quiere decir que no la haya practicado durante el año transcurrido, sino que ha sido más discreta. Durante la campaña, Carter había criticado suficientemente a Nixon y a Kissinger por sus amenazas, a veces con lenguaje descarado y descarnado, sobre las posibilidades de acceso de la izquierda al poder en Francia y en Italia, y sobre la tendencia revolucionaria de Portugal. Incluso durante este primer año, Carter se había permitido frases benévolas acerca del eurocomunismo, y se interpretaba como una apertura a esta ideología reformada una serie de hechos: desde la visita del comunista italiano Sagra y la de Carrillo a Washington hasta la concesión de permiso, por primera vez, para que se instalase en Washington un corresponsal permanente de un periódico oficial comunista ("L'Unitá", de Italia). Incluso algunos diplomáticos menores habían mantenido conversaciones con representantes de los partidos comunistas. Todo se ha cortado de repente, y se discute ahora sobre la veracidad de una noticia según la cual el Gobierno de los Estados Unidos habría enviado una nota al español acerca de su escasa satisfacción por la influencia creciente del PCE, que no corresponde —diría la supuesta nota— a su importancia numérica en el país. Pueden, muy bien, ser ciertos los desmentidos: no hace falta este tipo de textos que dejan huella para significar una política, que tiene otros medios de expresión. Si esto es dudoso, no puede serlo en cambio la declaración del Departamento de Es-



La Cámara del Congreso, durante el "mensaje sobre el Estado de la Unión", pronunciado por Carter al cabo de su primer año de mandato.

EL AÑO DE CARTER

tado sobre la posible participación de los comunistas en el Gobierno italiano que salga de esta crisis, o los estímulos de Carter a Mitterrand y a Fabre para que se salgan de la arriesgada alianza con el partido francés.

Otros rasgos permanentes están presentes en la actual política de los Estados Unidos. Por ejemplo, un cierto endurecimiento en la cuestión del Oriente árabe, después de haber movilizado al desgraciado Sadat para que se fuese a Jerusalén y negociara con los israelíes. Sadat ha querido salirse de su avispero —incluso ha fingido una dimisión, al estilo de las de Nasser, para ser suplicado por las fuerzas políticas que él mismo controla para que continúe en su puesto— en vista de que Israel no cede, y de que los Estados Unidos no ejercen una presión real sobre su aliado de privilegio para esta cesión; lo único que ha recolectado es una presión mayor de los Estados Unidos —Vance se ha ido a El Cairo— para que reanude las conversaciones, le gusten o no.

El espacio dedicado a la política exterior en este mensaje es escaso —y ello es también una tradición— y casi se ha llenado con la parte moral: la cuestión de los derechos humanos, que fue la filosofía de su campaña y lo ha sido del primer año de su gobierno. En su balance del año, Carter indica que ha habido un movimiento significativo hacia mayores libertades y consideración más amplia a los valores humanos en diversas partes del mundo. Pero en lo que es la esfera más directa de los Estados Unidos, el continente americano, las presiones han sido tan débiles que los mismos Pinochets siguen ejerciendo las mismas dictaduras en todos los países, y los indicios de democracias limitadas que han parecido emitirse desde Washington no han llegado a cumplimiento todavía, si es que llegan. Un año no es poco tiempo para esto. Los movimientos contrarios los ha decidido y realizado Washington a veces en horas.

Las relaciones con la Unión Soviética empeoraron —como consecuencia de la conversión de la filosofía de derechos humanos en arma de guerra fría— para mejorar después —a costa, igualmente, de reducir la presión sobre los derechos humanos—. Sin que esta mejora haya supuesto, hasta hoy, un cambio

importante en la cuestión determinante de la reducción de armamentos. Las relaciones con China no han cambiado esencialmente —sin que Carter se haya preocupado especialmente de los derechos humanos de los chinos, como no se ha preocupado tampoco mucho de los de los iraníes, en su visita oficial a Teherán— y la política africana sigue manteniendo los mismos focos contrarrevolucionarios, desde Etiopía a la discutida Rhodesia.

Al hacer, con alguna objetividad, el balance de este primer

neza del cinismo de la práctica y poco interesados por la ética general, como pudo ser Nixon—, sino por el contraste entre una ideación y una realidad. Más de una vez se ha explicado que los Estados Unidos no los dirige un Presidente, ni siquiera un Congreso, sino que el Presidente resulta elegido por una decisión de círculos de poder, como los senadores y los representantes y los gobernadores. Toda la gran literatura americana —incluyendo en la literatura su teatro, su cine, sus telefilms, además de sus

global, sobre la utilización mundial de materias primas y mano de obra baratas en países colonizados de alguna manera, sobre la implantación económica en las esferas de sus aliados. Un imperio es muy difícil de construir, pero es más difícil todavía de desmontar voluntariamente. No hay precedentes históricos de que ningún país haya renunciado a su papel imperial si no ha sido por causas de fuerza mayor. Los imperios caen porque son devorados por otros, unas veces militarmente, otras veces por otra clase de dominios —como el de Gran Bretaña y Francia en la última posguerra, privados del imperio por los Estados Unidos y por los movimientos nacionalistas—; o caen por falta de administración militar y económica, porque abarcan más de lo que pueden digerir. Los Estados Unidos han salido por esos riesgos más de una vez, y han salido de ellos con heridas, pero con la cabeza imperial indemne, como en el caso del Vietnam, que estuvo a punto de hacer quebrar para siempre su sociedad y comenzar la rotura irreparable del imperio.

La realidad es que la sociedad americana, con toda su enorme problemática, ofrece hoy una cohesión mayor que en los años del Vietnam, y que las fuerzas rebeldes de una filosofía y una moral izquierdistas de distintos aspectos han ido desapareciendo o atenuándose: resignándose. Y que su economía se rehace. ¿A costa de qué? De ejercer el sistema de vasos comunicantes imperial típico, en favor de la metrópoli: de exportar la inflación, el paro y los desgarros económicos sobre amigos y enemigos.

No es una acción especial: es una constante histórica. Los imperios no se administran de otra manera, y nunca se suicidan. Los Estados Unidos están obligados a mantener esa política de exacción de los demás hasta que la Historia se les vuelva definitivamente en contra, lo cual puede suceder este año, el siguiente o dentro de cien. Carter puede darle otra sonrisa o buscar otro estilo: ha intentado hacerlo.

Pero el año se le ha agotado. Y no tiene más recurso que atacar a las fuerzas contrarias al imperio donde se encuentren: en el cuerno de África o en las calles de Roma, en la península del Sinaí o las elecciones francesas del mes de marzo. No hay reconversión posible. ■



Carter, satisfecho, tras su discurso sobre el Estado de la Unión. Detrás, el vicepresidente Mondale, izquierda, y el "speaker" de la Cámara, Thomas O'Neill.

año de Carter, se observa una curva descendente entre los propósitos ilusionados del candidato de la nueva moral y de la política ética y las realidades permanentes de la política de los Estados Unidos. La curva se va acentuando en los últimos meses. Podría acudirse a la regla del primer año presidencial clásico. La cual regla no solamente se explica por insinuaciones acerca de la fragilidad de los propósitos de los candidatos, como si tuvieran ya en la cabeza preparada la contradicción —esto pasa con políticos muy adentrados en la li-

novelas— lleva años explicándolo muy bien y muy detenidamente, lo que no impide que cada cuatro años se repitan los ritos y se mantenga una cierta credulidad.

Carter no es, ni puede ser, una excepción en los Estados Unidos. Nadie puede serlo, y si alguien tiene la soberbia de pretender ser él mismo puede tener un final como el de Kennedy. Por otra parte, la política general de los Estados Unidos en el mundo ni siquiera obedece ya a un designio, sino a una necesidad: está construida sobre la expansión